

## El presente

Han pasado tres años y medio desde aquel día que dejó una huella imborrable en mi vida. Miro hacia atrás y reconozco que he recorrido mucho camino desde el día en que Mariana murió. Mucha gente me dice que admira lo fuerte que soy, que no me haya derrumbado. Yo pienso “no me han visto en mis peores momentos”, pero reconozco que he luchado ferozmente por tratar no solo de sobrevivir, sino de seguir viviendo. La verdad es que no tenía muchas más opciones. ¿Qué otra cosa podría hacer más que luchar?... Claro, podría haber escogido dejarme abatir por la tristeza, llenarme de amargura, echarme a morir. Pero tengo otro hijo que merece vivir y ser feliz. No puedo imaginarme a las personas que no tienen a nadie por quien seguir viviendo.

Creo que con el tiempo, a medida que he ido desarrollando una perspectiva diferente sobre la muerte de Mariana, aunque la tristeza profunda y el dolor siempre están, su intensidad y duración se han mitigado un poco. O posiblemente ha aumentado mi capacidad para tolerar el dolor. No estuve presente cuando Mariana cayó desde el balcón, sin embargo las imágenes revolotean en mi mente y muchas veces en la noche me despierto porque en mi sueño la veo caer hacia el vacío. Algunas veces me mira, sonrío y me dice: “Mira, mami, puedo volar”.

Los recuerdos de Mariana son una mezcla de dolor y ternura. Pasó mucho tiempo antes de que lograra hilvanar recuerdos de eventos completos. Quizás es por ello que los recuerdos se presentan como relámpagos de luz. Aparecen y son tan intensos que me dejan sin fuerzas, envuelta en una tristeza muy profunda. Otras veces logro sonreír cuando pienso en algún episodio divertido en su vida. Es aún una sonrisa tímida, tibia. Mi risa ya no sale de mi estómago, como antes.

Pequeños eventos pueden despertar mi dolor con una fuerza arrolladora. Si veo una foto que nunca había visto, oigo una canción de su grupo preferido, me encuentro con alguna de sus amigas, escucho su voz grabada, siento inmediatamente

un dolor tan agudo como el que sentí el día de su muerte. Esos son mis peores días. No lucho. Dejo que el dolor me envuelva, porque sólo reconociéndolo, estoy aceptando que estoy viva.

No ha sido fácil seguir siendo una familia. Pasó mucho tiempo antes de que pudiéramos sentarnos los tres a comer. Ver la silla vacía que una vez Mariana ocupó era demasiado doloroso. No fue fácil salir los tres de vacaciones al sitio donde antes íbamos los cuatro. Cada actividad que realizamos es incompleta. Siempre está la pregunta ¿Cómo hubiera sido si Mariana aún estuviera aquí?

Huyo de las celebraciones familiares. Cuando están todos los miembros de mi familia reunidos, la ausencia de Mariana se me hace mucho más intolerable. Ver a sus primas creciendo, estudiando, viviendo felices sus años adolescentes, verlas convertirse en jóvenes adultas, es un puñal que se clava en mi pecho.

Una de las cosas que he aprendido es a ser más comprensiva y sensible al dolor de otras personas. Si veo a alguien mal encarado que me trata con rudeza, enseguida pienso que quizás esa persona también sufre como yo por la muerte de un hijo u otro ser querido. Sé que hay muchas personas que han pasado por experiencias iguales o más devastadoras que la mía. Mi sufrimiento es pequeño comparado con ese inmenso universo de dolor.

Poco a poco he ido reconciliándome y reconectándome con la vida. Poco a poco he vuelto a reír, a trabajar, a relacionarme con algunas personas. He dejado de relacionarme con otras. Representan la diferencia entre “antes y después”... y eso duele. He aprendido a protegerme de las situaciones o personas que me hacen daño, que me alteran, que consumen mi energía. Poco a poco he ido construyendo una nueva vida, añadiendo nuevos elementos, probando nuevas actividades para saber con cuáles me siento cómoda. Es un proceso de ensayo y error. De disciplina más que de motivación. Esta búsqueda me llevó de vuelta a la universidad, me llevó a los colegios a trabajar como voluntaria. Necesitaba saber si aún me quedaba algo de lo que se necesita para conectarse con los niños como maestra o como orientadora. No lo conseguí. Quizás en 5 años o en 10... quizás más nunca. Me gusta ayudar a otros,

pero no tiene que ser en un salón de clases o en un consultorio. Busco una misión en mi vida. Siento que es importante para mí tener un objetivo, algo por lo que valga la pena levantarme en la mañana. Sé que ese algo necesita estar relacionado con Mariana. Ella me guía en esta búsqueda. Necesito aprender a aquietar mi mente para poder escuchar su voz. Es solo una cuestión de tiempo. Tengo paciencia. Sé esperar.

Lo más importante para mí ha sido encontrar maneras de honrar y mantener viva la memoria de Mariana. Ya que no puedo darle más nada en esta vida, trato de buscar rituales sencillos que le pueden ayudar en su nueva forma de vida y que me reconfortan. Prendo velas el día 3 de cada mes, en su cumpleaños y cualquier otro día en el que tengo la necesidad de hacerlo o cuando siento que Mariana me lo pide. La llama de la vela representa para mí el espíritu de Mariana y pienso que dondequiera que esté, Mariana ve la luz de la vela y no se siente sola. Carlos y Mauricio sembraron rosas en nuestro jardín para adornar sus fotos. Hemos creado una página Web para que el mundo entero pueda conocer a nuestra hija.

Trato de realizar actividades que sé que a ella le hubiera gustado hacer. Mariana soñaba con volver a ver la nieve y a menudo hablábamos de lo que se siente cuando la nieve cae sobre nuestro rostro, de jugar en la nieve y practicar deportes de invierno. Cuando nos mudamos a Colorado decidí aprender a esquiar y la primera vez que me atreví a deslizarme sola por una pista, lloré porque ella no estaba allí deslizándose por esas pistas blancas y suaves como el algodón, pero a la vez sonreí porque tuve la certeza de que el espíritu de Mariana estaba allí conmigo, disfrutando también de la nieve.

Mi relación con Mariana ya no es física. Es espiritual. Pienso y siento que mientras yo más crezca espiritualmente, más cerca estaré de ella. Me gusta pensar que Mariana y yo seguimos creciendo, cada una en su realidad, cada una a su manera y que mi relación con ella va evolucionando, alcanzando tonalidades diferentes y mucho más profundas.

Hago una pausa. El sol ha vuelto a salir. Me asomo al jardín y observo las rosas. Decido colgar la hamaca, tomar un libro, poner música y sentarme un rato en

el jardín. Hoy en día puedo sentir satisfacción haciendo estas cosas sencillas. Mariana está siempre presente en todos estos pequeños actos de mi vida cotidiana. Veo a Mariana en las pinceladas de acuarela de un atardecer, en los ojos grandes y profundos de una niña, en el viento que mueve con fuerza la copa de los árboles. Nos comunicamos sin palabras. Estamos unidas por hilos invisibles e indestructibles.

Abro el libro y leo el poema de Tagore:

### ***El fin***

*Madre, ha llegado la hora de que me vaya.  
Me voy.*

*Cuando la oscuridad palidezca  
y dé paso al alba solitaria,  
cuando desde tu lecho tiendas los brazos hacia tu hijo,  
yo te diré: “El niño ya no está”.  
Me voy Madre.*

*Me convertiré en un leve soplo de aire  
y te acariciaré; cuando te bañes,  
seré las pequeñas ondas del agua  
y te cubriré incesantemente de besos.*

*Cuando en las noches de tormenta,  
la lluvia susurre sobre las hojas,  
oirás mis murmullos desde tu lecho,  
y de pronto, con el relámpago,  
mi risa cruzará tu ventana  
y estallará en tu estancia.*

*Si no puedes dormirte hasta muy tarde,  
pensando siempre en tu niño,  
te cantaré desde las estrellas:  
“Duerme, Madre, duerme”.*

*Me deslizaré a lo largo de los rayos de la luna,  
hasta llegar a tu cama,*

*y me echaré sobre tu pecho mientras duermas.  
Me convertiré en ensueño,  
y por la estrecha rendija de tus párpados  
descenderé hasta lo más profundo de tu reposo.*

*Te despertarás sobresaltada  
y mientras miras a tu alrededor  
huiré en un momento, como una libélula.*

*En la gran fiesta de Puja,  
cuando los niños de los vecinos  
vengan a jugar en nuestro jardín,  
yo me convertiré en la música de las flautas  
y palparé en tu corazón durante todo el día.*

*Llegará mi tía, cargada de regalos,  
y te preguntará:  
Hermana, ¿Dónde está el niño?  
Y tú, madre, le contestarás dulcemente:  
“Está en mis pupilas,  
está en mi cuerpo,  
está en mi alma.”*